

PRIMERA PARTE

El bosque borracho



I

El suelo empezó a temblar y la pinaza de los árboles circundantes se derramó como lluvia verde. Chey se agarró a una raíz que sobresalía del suelo y alzó la vista: un muro de agua descendía rugiendo hacia ella por el desfiladero.

Apenas si tuvo tiempo de verlo antes de que la golpeará. Habría podido compararse a la trémula superficie de una piscina puesta de lado. Era blanca y rugía, y cuando alcanzó a Chey, le golpeó la cara y las manos, y el golpe le dolió como si se hubiera caído sobre una acera de cemento. Se le metió por la nariz un agua fría como el hielo, y tuvo que abrir la boca. Entonces el agua le inundó la boca y empezó a ahogarla, un agua que arrastraba hojas y piñas que herían como balas la piel que no estaba cubierta por la ropa, un agua llena de piedras y de guijarros menudos, y que apestaba a légamos recientes. Su mano se soltó de la raíz, sus pies dejaron de tocar el suelo y voló, dio tumbos, incapaz de controlar sus propias extremidades. Se le retorció dolorosamente la espalda conforme el agua la agarraba y la arrojaba de nuevo contra el suelo, la volvía a agarrar y la dejaba caer con violencia. Chey sintió que se golpeaba el pie contra una roca que no llegó a ver. No veía nada, ni oía nada, salvo la voz del agua. Luchó con desesperación para mantener, por lo menos, la cabeza fuera del agua, a pesar de los remolinos y corrientes que tiraban de ella y trataban de hundirla. Tenía la sensación de avanzar a una velocidad increíble, como si la hu-

bieran lanzado desfiladero abajo como una bolita en un tablero del juego del millón. En un momento de horror y repulsión comprendió que si se golpeaba la cabeza contra una roca, moriría. Estaba sola y nadie acudiría en su ayuda...

Entonces se detuvo, tan bruscamente que los huesos le crujieron y se le desencajaron bajo la piel. El agua le cubrió la cabeza y todo el cuerpo, oyó un desagradable borboteo y quedó bajo el agua, incapaz de respirar. Algo la tenía sujeta bajo el agua y se ahogaba. Con todas las fuerzas que le quedaban, se dio un impulso hacia arriba, arqueó la espalda, luchó contra aquello que la retenía. Luchó por sacar la cabeza fuera del agua. Logró asomarse a la superficie y trató de tomar aire, pero la garganta se le llenó de agua. Su cuerpo se movió espasmódicamente y volvió a sentirse arrastrada, se sumergió de nuevo. Pero de alguna manera logró ascender una vez más.

Las aguas blancas se agitaban y se convertían en espuma en torno al rostro de Chey. Le resultaba muy difícil mantener la boca fuera del gélido torrente. Movía las manos detrás de la espalda, en un desesperado intento por descubrir qué era lo que la sujetaba, y al mismo tiempo las aguas subían y Chey oía cómo las burbujitas estallaban junto a sus oídos. El frío le quemaba la piel, y comprendió que le quedaban tan sólo unos segundos de vida. Que había fracasado.

No estaba preparada para aquello. Creía que las inundaciones repentinas eran propias del desierto, no de la región del Ártico canadiense conocida como los Territorios del Noroeste. Sin embargo, el verano había llegado al norte, y al volverse más intenso el calor del sol, billones de toneladas de nieve se habían empezado a fundir. La nieve derretida tenía que ir a alguna parte. Chey había caminado por el estrecho desfiladero, en un intento por subir hasta una cresta para ver dónde se encontraba. Había bajado al fondo del angosto cañón para escapar del viento, que cortaba como un cuchillo. Había sido muy difícil, ya que había tenido que agarrarse con manos y pies, pero había logrado avanzar. Luego se había detenido, porque le había parecido oír algo. Era un débil murmullo, como una manada de renos que galopara entre los árboles. Pensó que podía tratarse de un terremoto.

En aquellos momentos, atrapada, incapaz de liberarse, intentó mi-

rar a su alrededor. La corriente la había llevado de vuelta por el mismo camino por el que había venido, la había arrastrado por rocas aristadas que le habían desgarrado el anorak, le había lastimado el rostro con arenilla. Chey no veía nada, salvo plata, burbujas de plata, la superficie plateada de las aguas que la cubrían.

Tenía las manos entumecidas y los dedos se le retorcían de frío mientras trataban de encontrar algo a sus espaldas. Chey les rogó y les suplicó que no se rindieran, que se movieran de nuevo. Encontró nilón, una correa de nilón. Allí. La mochila se le había quedado enganchada a un saliente rocoso. Tanteando con las manos, maldiciéndose a sí misma, logró que la correa de nilón se soltara. Al momento, el torrente la atrapó de nuevo y tiró de ella hacia abajo, desfiladero abajo. Chey se agarró a la primera sombra que logró encontrar, que resultó ser un sauce. Se sujetó con fuerza, tosió y escupió el agua, y volvió a llenarse los pulmones de aire.

Por fin logró reunir fuerzas para trepar y salir del agua. Ya le llegaba tan sólo hasta la cintura. Si se esforzaba, lograría vadearla. Al apaciguarse el ímpetu de la primera acometida, las aguas habían perdido casi toda su fuerza, y Chey pudo atravesar a pie el torrente recién nacido sin que la sumergiera de nuevo. Al llegar a la otra orilla, subió arrastrándose sobre un barro frío, sujetándose a las raíces de los árboles que sobresalían, y se quedó allí, temblorosa, durante un buen rato. Sabía que tenía que secarse. Tenía que entrar en calor. Llevaba ropa limpia y un mechero en la mochila. No le costaría nada encontrar yesca y leña para hacer fuego.

Lenta, dolorosamente, logró darse la vuelta. Aún estaba empapada y se moría de frío. Se sentía la piel como goma pegajosa. Sabía muy bien que, cuando entrara en calor, le empezaría a doler. Tendría que sufrir incontables moretones y tal vez algún hueso roto. Pero más valía eso que morir de frío. Se sacó la mochila y trató de abrirla. Sus manos encontraron desacostumbrados jirones de tela.

La solapa se había desgarrado por en medio. La mochila entera estaba hecha jirones. Debían de haberla rasgado las rocas mientras el torrente la arrastraba. La mochila había impedido que fuera la espalda de Chey la que sufriera aquel destino, pero, por eso mismo, se

había abierto y todo lo que había dentro se había perdido por el camino. Chey volvió bruscamente la cabeza para contemplar el torrente. El equipo, la ropa seca, la linterna, la comida, debían de haberse esparcido por la mitad de los Territorios, arrastrados en todas direcciones por el agua.

Con manos temblorosas, buscó entre los restos de la mochila. Tenía que haber quedado algo. Tal vez los objetos más pesados aún estuvieran dentro. Y, sí: encontró un par de cosas. La base del hornillo Coleman pesaba demasiado para que las aguas lo arrastraran, pero no le serviría para nada, porque había perdido el combustible y los potes. El teléfono móvil aún estaba dentro de su correspondiente bolsillo. Rezumaba agua, pero, aun así, gorjeó con alegría cuando Chey lo encendió.

Se le ocurrió que podía hacer una llamada para pedir ayuda. Quizá su situación lo justificara.

No. Apagó el teléfono para ahorrar batería. Aún no.

Si pedía ayuda, tal vez se la mandaran. Tal vez la llevarían por aire hasta un lugar seguro, hasta la civilización. Pero entonces no le permitirían regresar e intentarlo de nuevo. No conseguiría lo que había ido a buscar. Se guardó el teléfono en el bolsillo. Lo necesitaría más adelante, si sobrevivía el tiempo suficiente.

El mapa que le había dado el piloto del helicóptero también seguía allí, pero el agua había corrido la tinta y le costaba mucho leerlo. Todo lo demás había desaparecido. Había perdido la tienda. Había perdido la ropa seca. Tampoco encontró el arma.

Mientras duró la luz del día, recorrió de arriba abajo el empinado margen del nuevo torrente en busca de lo que pudiera encontrar. Era posible, pero tan sólo posible, que hubiera quedado algo en la orilla. Al salir la luna, distinguió un destello plateado que parpadeaba sobre un leño medio sumergido, y volvió a meterse en el agua para ir a buscarlo. Al tiempo que rezaba por que fuera lo que ella pensaba que sería, lo agarró con ambas manos y se lo acercó a los ojos. Era el paquete repleto de barritas energéticas. Las provisiones. Se echó a llorar, pero tenía tanta hambre que desgarró el envoltorio y empezó a comer.

Pasó la noche oculta bajo un montón de pinaza y de hojas muertas y podridas.

Por la mañana, aún tenía todo el cuerpo irritado y húmedo, y se notaba la piel como si se la hubieran frotado con un cepillo de alambre, pero sabía que el tormento de verdad empezaría en el instante en el que tratara de salir del montículo de pinaza.

Y estaba en lo cierto. Cuando por fin movió los brazos y las piernas, y se sentó con el tronco erguido, Chey sintió como si todos los músculos de su cuerpo se le hubiesen vuelto de piedra durante la noche y se le empezaran a agrietar. La rigidez le dolía, le dolía de verdad, y Chey se dio cuenta de lo raro que era sentir dolor de verdad cuando se vivía en un lugar civilizado. Uno siempre se puede golpear el dedo gordo del pie con una mesa o pillarse la mano al cerrar la puerta de un coche, pero no llega a experimentar la sensación de que un río te agarre y te golpee contra rocas angulosas hasta que se cansa de ti.

Pasó un buen rato sentada, rodeando las rodillas con los brazos, sin hacer nada, salvo respirar.

Al fin consiguió ponerse de pie. Tenía que tomar una decisión. Hacia el norte o hacia el sur. Caminar hacia el sur equivaldría a rendirse. Darle la espalda a lo que había ido a buscar.

Consultó la brújula y se puso en marcha hacia el norte.

Llevaba una hora de camino cuando su cuerpo empezó a perder la rigidez. En su lugar, empezó un dolor lacerante que se repetía con

cada paso que daban sus botas repletas de agua, pero Chey se contentaba con hacer muecas de sufrimiento.

Anduvo por entre los árboles hasta que sintió que iba a desplomarse por el agotamiento. El sol aún refulgía en su cenit sobre las ramas verdes y amarillas, pero Chey no pudo dar ni un paso más, así que se sentó en el suelo. Sintió el deseo de pasarse un rato llorando, pero llegó a la conclusión de que no le quedaban fuerzas ni para eso. Así que desenvolvió una de las barritas energéticas y se la comió. En cuanto hubo terminado, se puso de nuevo en pie y volvió a caminar, porque no podía hacer otra cosa. No había nada que pudiera aliviar su situación.

El tiempo no tenía mucho sentido entre los árboles, porque todo parecía igual, y cada uno de los pasos que daba Chey parecía totalmente idéntico al anterior. Sin embargo, al fin oscureció.

Siguió caminando.

Hasta que tuvo la impresión de haber oído algo. Una pisada sobre la nieve, quizás. O tal vez fuera el sonido de una criatura que respiraba. Una criatura no humana.

«Sigue caminando —se dijo a sí misma—. Tú le das más miedo del que...»

No habría podido terminar la frase sin echarse a reír. Y, en realidad, no quería reírse.

Encontró un claro entre la techumbre de ramas por el que se filtraba un débil fulgor de luz de luna, suficiente para echar un vistazo alrededor. El cielo estaba preñado de colores: la aurora boreal ardía y bullía en lo alto. Pero Chey se obligó a sí misma a no mirarla... tenía que escudriñar las sombras que la rodeaban y buscar cualquier indicio de que alguien la estuviera siguiendo.

Escudriñó la penumbra y bizqueó con tanta concentración que estuvo a punto de perder el equilibrio, así que tuvo que agitar los brazos para sostenerse en pie. Entonces se dio cuenta de que también había que tener los ojos puestos en el suelo. El terreno, deformado por el permagel, no era llano, sino que estaba surcado por rugosidades en las que se le podía quedar atrapado el tobillo si no prestaba atención. Los negros árboles crecían en todas direcciones, en ángulos variados respecto al suelo. El terreno estaba cubierto de empinados montícu-

los e inesperadas grietas en las que se ocultaba hielo brillante. Los pies de Chey tropezaban una y otra vez con raíces y trozos de roca. En cualquier caso, no podía fiarse mucho de sus propias percepciones, y menos después de lo que había pasado, de no tener nada que comer aparte de las barritas energéticas, de no haber dormido de verdad y de no tener nada con lo que guarecerse, salvo el destrozado anorak de tejido polar.

Se dijo a sí misma que allí no había nada. Se había dejado engañar por su cerebro abrumado por el hambre. En aquel bosque no había indicios de vida. En todo el día no había visto ni una sola ave, ni una sola ardilla listada. Se detuvo sobre sus pasos y se volvió para mirar atrás, para cerciorarse de que nadie la seguía.

Entre dos de los árboles, con un centelleo, cobraron vida un par de ojos amarillos, refulgentes como las bombillas de un par de linternas. Capturaron la blanquísima luz de la luna y atravesaron con ella a Chey. La inmovilizaron. Lentamente, con languidez, los dos ojos se cerraron de nuevo y desaparecieron, igual que se extinguen las últimas ascuas de la hoguera de una acampada.

«Mierda», murmuró Chey, y al instante se tapó la boca con la mano. Sintió que el vello de los brazos se le erizaba bajo las mangas del anorak. Giró lentamente sobre sí misma. Un lobo. Había sido un lobo, un lobo gris. Estaba segura de que era eso. ¿Habría más? ¿Acaso estaba cerca de una jauría?

Entonces los oyó aullar. Había oído en otras ocasiones perros que le aullaban a la luna, pero no era lo mismo. Los aullidos siguieron, y siguieron, y siguieron, y nuevas voces se hicieron oír y se unieron a ellos, en un tono casi plañidero. Hablaban entre ellos y Chey se figuró que se estarían contando dónde encontrarla a ella.

No le quedaban energías para dar ni un solo paso más. Su rostro se contrajo en un rictus de verdadero terror. Sacó fuerzas de lo más hondo, de unas profundidades que no había conocido hasta entonces, y echó a correr.

Los árboles pasaban fugazmente por su lado, inclinándose unas veces a la izquierda, y otras a la derecha. El quebrado terreno le hería los pies y hacía que los tobillos le doliesen y le escocieran. Iba en todo

momento con los brazos extendidos hacia delante, ya que a pesar de la luna medio llena, no veía casi nada, y habría podido estrellarse contra un tronco de árbol y partirse el cuello. Sabía que estaba comiéndose una estupidez, sabía que la peor opción era correr. Pero no fue capaz de hacer otra cosa.

Distinguió un centelleo dorado a su izquierda. Los ojos, una vez más. ¿Sería el mismo animal? No lo sabía. Los ojos flotaban a su lado y no parecía que tuviesen ningún problema para seguirla. No tenían que esforzarse en absoluto. Las patas que pertenecían a aquellos ojos conocían por instinto los abruptos parajes, sabían dónde posarse sin necesidad de mirar. Los Territorios del Noroeste eran de aquellos ojos, de aquellas patas. No estaban hechos para la debilidad humana.

Oyó un jadeo a su derecha. Por aquel lado también había más de uno. Era una jauría, una jauría entera, y la estaban poniendo a prueba. Querían ver si podía correr muy rápido, comprobar lo fuerte que era.

Chey moriría allí, a la máxima distancia de la civilización. Iba a morir.

No. Todavía no.

La evolución le había dado ciertas ventajas. Le había dado manos. Sus lejanos ancestros habían empleado las manos para trepar, para escapar de los depredadores. Chey tendría que olvidar en unos instantes dos millones de años de civilización. Ante ella se erguía un árbol que había crecido hacia lo alto en medio de un bosque de árboles inclinados, un gigantesco abedul medio muerto con gruesas ramas que empezaban a unos dos metros del suelo. Se elevaba, por lo menos, cinco metros más que cualquiera de los árboles circundantes. Chey tensó todos los músculos, cerró y abrió varias veces los puños, y se encaramó al tronco de un salto, apoyando sus pies doloridos en la corteza, que se desprendía como una piel en plena mudanza. Alargó los brazos y se agarró a unas finas ramas que no podrían soportar su peso, meras ramitas en realidad. Trepó árbol arriba, apretando el cuerpo y el rostro contra el tronco con todas sus fuerzas, hasta que una masa de corteza arrancada y nieve cristalina le cubrió el rostro. De pronto, se vio a sí misma agarrada a una gruesa rama, a tres metros del suelo. Se subió encima y se aferró a ella con todo el cuerpo.

Miró hacia abajo. Seis lobos adultos le devolvieron la mirada. Sus ojos dorados mostraban satisfacción y sosiego. Casi le pareció reconocer en ellos una risa. Sus cuerpos largos y esbeltos brillaban a la media luz. Estaban meneando la cola.

«Marchaos», les rogó, pero su líder, un animal grande de cara peluda, echó la cabeza hacia atrás, estiró las patas delanteras y se dejó caer sobre la húmeda alfombra de pinaza y hojas amarillentas. No pensaba marcharse.

Otro de los miembros de la jauría, algo más pequeño (¿una hembra, tal vez?) arañó el abedul con las zarpas. Tenía la lengua colgando fuera de la boca. Sus zarpas llegaban cada vez más arriba. Abrió mucho las fauces, como para bostezar, y emitió un diabólico gimoteo que se prolongó hasta transformarse en aullido. Los demás se le unieron, hasta que Chey tembló en lo alto, con la sensación de que las bestias podrían hacerla caer de su refugio tan sólo con sus aullidos.

¿Acaso estaban riéndose de ella? ¿Se burlaban de su desgracia? O también podía ser que tan sólo cantaran para pasar el rato, mientras esperaban a que su cena se cayera del árbol.

—¡Marchaos! —les chilló, pero su voz apenas lograba hacerse oír en el coro de aullidos y gimoteos. Gritó y chilló, pero no consiguió sobreponerse a sus voces. Habría querido taparse los oídos con las manos, para no tener que oírlos, pero, entonces...

... la algarabía cesó. De repente. En el silencio que se hizo entonces, Chey oyó los copos de nieve que caían desde las ramas más altas.

Y, desde lo más profundo del bosque, se oyó otra voz. Ligeramente distinta. Recordaba en algo a un gruñido. Un desafío. Al instante, los lobos se incorporaron y miraron de un lado para otro. Bajaron la cola y se miraron como para preguntarse si todos ellos lo habían oído.

La nueva voz volvió a oírse. No se parecía al triste gemido de los lobos. Era más perversa, más fría. Era odiosa.

Los lobos que se encontraban bajo la rama de Chey se dispersaron, desapareciendo en la oscuridad, con tanto sigilo como habían llegado. La nueva voz se hizo oír por tercera vez, pero, en esta ocasión, se encontraba mucho, mucho más cerca.

3

Chey retrocedió con manos y pies sobre la rama. Sentía la necesidad de acercarse al tronco del árbol, de escudarse en la medida de lo posible tras madera sólida. Cada vez que el fiero aullido se oía en el bosque, se le erizaba literalmente el vello del cuerpo, y sentía que la carne se le ponía de gallina, notando un cosquilleo que le subía por los brazos y le bajaba por la espalda.

Allí abajo había una criatura, una criatura hambrienta y de voz fuerte. Una criatura tan temible que había aterrorizado a una jauría de lobos grises. ¿Qué podía ser? ¿Alguna especie de oso? Pero su voz no se parecía a la de ningún oso que hubiera oído por televisión, o en el cine.

Escrutó el terreno que circundaba el árbol, esforzándose por ver en la oscuridad, en busca de cualquier indicio, de cualquier atisbo de movimiento, de cualquier huella, de ramas bajas agitadas por una criatura que pasara entre ellas.

Pero no encontró nada. Ni siquiera el destello de un par de ojos, ni el reflejo de un pelaje lustroso que se moviera sigilosamente entre la maleza. Tampoco oyó nada. Canalizó todos sus sentidos hacia el suelo, contuvo el aliento y oyó los crujidos del árbol, el leve quejido de la rama sobre la que se encontraba. No oyó ningún jadeo, ni pisadas casi silenciosas. Pensó que quizá se hubiera marchado. Quizá no hubiera sentido ningún interés por ella, quizás hubiera aullado de

ese modo para espantar a los lobos grises. Quizá no tuviera ningún problema con ella. Quizá no hubiese podido siquiera oírla ni olerla en lo alto del árbol.

Entonces oyó un estrépito, como si una criatura de gran tamaño se acercara corriendo sobre el humus, y estuvo a punto de chillar de puro terror. Chey sentía la desesperada necesidad de orinar, pero estrechó las piernas con más fuerza todavía en torno al árbol y eso la ayudó un poco.

Oyó que la criatura husmeaba en el suelo a menos de diez metros de ella. Metía el morro entre la maleza como un jabalí. Chey estaba segura de que la bestia seguía su rastro. Metió la mano en el bolsillo y, para tranquilizarse, agarró el teléfono móvil. Tal vez... tal vez había llegado la hora de pedir ayuda. Tal vez había llegado demasiado lejos con todo aquello. Pero no, ni siquiera el teléfono le serviría de nada. La ayuda no llegaría a tiempo para salvarla. Apretó con fuerza el teléfono, como si fuera un talismán mágico capaz de salvarla. Se le ocurrió que, si era necesario, podría arrojarlo como si fuera una piedra. Era lo más parecido a un arma que tenía a mano.

Se acurrucó contra el árbol, sin dejar de aferrarse a la rama con ambas piernas. Tomó aliento por la nariz y trató de no dejarse llevar por el pánico. Permaneció inmóvil.

No servía de nada, por supuesto, ya que, probablemente, la bestia habría podido olerla a kilómetros de distancia.

Por fin la vio. No hubo un momento en el que pasara de ser invisible a ser visible, sino que, de pronto, resultó que el animal estaba ya allí abajo, en movimiento. Demasiado cerca. Daba la vuelta en torno al abedul como una sombra líquida, como oscuridad derramada sobre el suelo.

Entonces se detuvo y los músculos se le tensaron bajo la flácida piel. Chey se quedó sin aliento. La bestia miró hacia arriba.

Aquel horror no era mucho más grande que los lobos grises, quizá dos metros desde el hocico hasta el rabo, quizás un metro y medio desde el suelo hasta la clavícula. Tenía la misma faz ancha y plana que los lobos. Su morro era más chato, pero aparentaba mucha más crueldad. Si se diferenciaba en algo, era en los dientes. Los lobos gri-

ses tenían muchos dientes, por supuesto, amarillos y afilados. Esa criatura tenía unos colmillos enormes y blancos como perlas. No se podía usar otra palabra más que «colmillos». Eran grandes, y gruesos, tanto que los labios no alcanzaban a cubrirlos. Parecían perfectamente adecuados para la tarea de destrozarse huesos. Huesos grandes. Huesos humanos.

La otra gran diferencia entre aquella criatura y los lobos grises se hallaba en la manera totalmente distinta en que sus zarpas se desplegaban sobre la nieve, anchas como manos humanas, con cada uno de los dedos rematado por una uña ganchuda. Su pelaje era de color plateado y negro, y por ello resultaba más llamativo que el apagado camuflaje de los lobos grises.

Por un instante, Chey logró contemplar la totalidad de su figura, pero luego le costó fijarse en algo que no fueran sus ojos. Aquellos ojos... no eran amarillos como los de los lobos grises, sino de un verde gélido, rasgados y fríos. En aquellos ojos brillaba la inteligencia, y también algo más: una tremenda ira. Chey lo vio en seguida, igual que habría podido verlo en los ojos de un ser humano. El animal no quería devorarla. No la consideraba un mero alimento. Lo que quería era matarla.

Aquellos ojos.

Sus recuerdos se iluminaron cual carteles de neón que trataran de captar su mirada. Esos recuerdos nunca se habían alejado mucho de la superficie. Chey conocía esos ojos. Había atravesado medio continente para encontrarlos. Y estaban a punto de matarla.

El monstruo la despreciaba tanto que quería despedazarla y esparcir sus restos por el bosque. Quería derramar su sangre sobre la tierra y destrozarse el cráneo con sus gigantescos dientes. El peso de sus ojos, de su malévola mirada, hizo que Chey apretase el cuerpo con más fuerza todavía contra el árbol. Suscitaban en ella el deseo de esconderse, de hacer lo que fuera con tal de escapar de su vehemente odio.

La bestia andaba con el pelambre erizado y la cola baja. Enseñó los colmillos, y brotó de entre sus fauces un sonido como de motocicleta al arrancar. Entonces saltó sobre ella.

Se dio impulso con las patas traseras y saltó hacia lo alto. Las zarpas delanteras arañaron justo debajo de donde colgaban los pies de Chey. La bestia abrió la boca para morderle las piernas y transformarlas en pulpa. El salto le llevó a unos pocos centímetros de sus pies. Volvió a caer al suelo entre rugidos y jadeos, y arañó y desgarró la corteza, rugiendo y gruñendo por su frustración. Chey apenas tuvo tiempo de sujetarse mejor al árbol antes de que el lobo volviera a saltar.

«¡No!», suplicó, pero la bestia se arrojó sobre ella con tal velocidad que pareció que la gravitación se hubiera invertido y el animal cayera hacia arriba, hacia ella. Los dientes le rechinaron a medio salto. Chey se encogió en un desesperado intento de escapar, pero una de las patas delanteras de la bestia le alcanzó el tobillo, y su garra cruel le atravesó piel y músculo hasta arañarle el hueso. El dolor le recorrió el cuerpo como la luz de un estroboscopio rojo. Por un instante oyó tan sólo la sangre que se le agolpaba en la cabeza y no vio nada, salvo los vasos sanguíneos que tenía detrás de los ojos.


El monstruo cayó de nuevo al vacío, soltando su zarpa de la carne de Chey.

El siguiente intento le saldría mejor. Chey estaba convencida de ello. Se dio cuenta de que iba a morir al cabo de unos segundos. Moriría, víctima de la furiosa criatura, si no hacía nada, y de inmediato.

Trepó por el tronco del árbol para intentar llegar a una rama más alta, pero no lo consiguió. Sentía palpitations en la pierna, y gimoteaba de puro dolor, pero sabía muy bien que si no lograba subir por el árbol, la bestia le daría alcance. Así de simple. Irguió el cuerpo, agarró una rama que a duras penas parecía capaz de sostener su cuerpo, y tiró de sí misma hacia arriba, mientras el sudor le empapaba el cuerpo y las pupilas se le llenaban de estrellas.

La bestia saltó por tercera vez, pero Chey había subido demasiado arriba. Trató de no mirar hacia abajo, pero le fue imposible.

La bestia cayó al pie del árbol sobre sus cuartos traseros y miró fijamente a Chey. El aliento entraba y salía de sus pulmones en densos vahos. Quería que Chey se cayera, que se soltase y cayera. Chey percibía su deseo. Su necesidad.



Entonces ocurrió lo imposible. Apartó los ojos de ella, aunque sólo por un instante. Miró por entre los árboles a la luna que empezaba a desaparecer tras el horizonte. Cuando se volvió para mirar de nuevo a Chey, su palpable odio se vio templado por un amargo resentimiento. Durante un rato la miró con ojos ardientes, pero luego se volvió bruscamente y desapareció en el oscuro bosque con la misma velocidad y el mismo sigilo con los que había llegado.

Chey pensó que debía de tratarse de una añagaza. Pero no: el lobo se había marchado.

¡Aquellos ojos!

El gran lobo no regresó.

Durante varias horas, Chey aguardó a que apareciera de nuevo, rezando por que no lo hiciera, y trató de pensar qué haría ella si al final regresaba. La adrenalina la hizo sudar y temblar durante largo rato. Pero al fin se agotó, y el cuerpo empezó a dolerle, y el cerebro a darle vueltas. El más mínimo sonido la sobresaltaba. Cada vez que creía distinguir algún movimiento, pegaba un salto y estaba a punto de caerse. La luna había descendido, situándose tras el horizonte, y cuando finalmente se extinguieron sus últimos destellos y no quedó otra luz que la de las frías y menudas estrellas, Chey, que seguía en vela, escrutó el terreno a su alrededor, una y otra vez, hasta que hubo memorizado sus detalles más nimios, la ubicación de todas las ramitas y hojas muertas. La fatiga y el frío se habían adueñado de su cuerpo y le impedían moverse.

Al amanecer se decidió a bajar del árbol.

Fue más difícil de lo que había pensado. Tenía el cuerpo rígido y rezongón, sus nervios y músculos se rebelaban y desobedecían sus órdenes. El tobillo que el lobo le había arañado se había hinchado de un modo alarmante. Una costra de sangre seca le había pegado a la piel el calcetín de excursionista. Cada vez que movía el tobillo, la pierna le temblaba sin control.

Había tardado meros segundos en trepar por el árbol. Presa del

pánico y del instinto de supervivencia, se había remitido a sus antepasados simios y lo había hecho sin más. Pero para bajar de nuevo tuvo que pensar y planear. Primero tuvo que conseguir que las manos se soltaran de la rama. Luego se dio cuenta de que no existía una manera fácil de bajar: no encontró asideros fáciles, y las ramitas por las que había subido le parecieron mucho menos atractivas cuando las agarró para descargar su peso en ellas. Finalmente, después de largos minutos de ajustar y reajustar su posición, de pasar de una rama a otra y de bambolearse, siempre con el riesgo de una mala caída, se colgó de ambos brazos y se dejó caer sobre el pie sano. El impacto contra el suelo le recorrió el cuerpo como una descarga eléctrica. Pero se sintió muy bien al pisar suelo firme. Al no sufrir constantemente por el miedo a caerse. El cansancio le afloró a los huesos. Cayó de rodillas, con el imposible deseo de seguir cayendo, de dejarse caer del todo, de tenderse en el suelo y echarse a dormir.

Pero no podía hacerlo mientras el lobo siguiera por allí. No tenía ni idea de por qué la había dejado en paz, ni sabía cuándo regresaría. No pensaba dormir hasta que estuviera segura de hallarse a salvo.

Se metió en los bolsillos sus manos débiles y mugrientas, y repasó el pequeño número de objetos que aún conservaba. Por absurdo que pareciese, en medio de la oscuridad había pensado varias veces que se le podían haber caído sus cosas de los bolsillos mientras trepaba por el árbol. Pero no, aún lo tenía todo. Le quedaba un último cuarto de barra energética y se lo metió en la boca. Se guardó el envoltorio de plástico en el bolsillo; por mala que fuera su situación, Chey no pensaba tirarlo al suelo. Conservaba el teléfono, con la batería casi descargada. Al ver que los botones se iluminaban con luz azul, estuvo a punto de echarse a llorar de pura gratitud. Al menos había algo que funcionaba como tenía que funcionar.

No pensó que pudiera decir lo mismo de la pequeña brújula adosada a la cremallera de su anorak.

Apuntaba al norte, como siempre. Chey la había seguido como a un cable de salvamento, la había sostenido con delicadeza entre sus dedos como una joya. Era el objeto que iba a salvarla, una conexión con el mundo civilizado de mapas y coordenadas en el que todo esta-

ba en su lugar. Había creído en ella con una fe mucho mayor de la que jamás hubiera depositado en Dios. Pero en aquel momento tuvo que admitir que tal vez su fe hubiera resultado errónea. O la brújula o el mapa estaban totalmente equivocados. Chey ya habría tenido que llegar a la ciudad de Echo Bay, que se encontraba al norte, casi en línea recta desde su punto de partida. Pero, hasta el momento, no había visto nada, salvo el interminable bosque de árboles que se la deaban absurdamente en todas direcciones.

Quizá la ciudad no existiera. Quizá se hubieran equivocado al imprimir el mapa.

Quizá lo único que la esperara fuese una caminata de varias semanas, siempre hacia el norte, como una buena montañera, hasta que llegara por fin al océano Ártico. O quizá, mucho antes de que llegara —sí, casi seguro que sería antes de que llegara—, el lobo la encontraría en un lugar donde no hubiese árboles altos y la mataría.

Cerró los ojos y se mordió el labio inferior. Estaba tan asustada que le dolía la espalda. El miedo pugnaba por doblarla, por derribarla al suelo, por obligarla a acurrucarse y a desear la muerte.

—Estoy bien —suspiró para sí—. Estoy bien.

El sonido de esas palabras humanas rompió el hechizo. Le bastó con oír una voz —aunque fuera la suya propia— para no sentirse tan sola e indefensa. Se adecentó como pudo el anorak, que se le había quedado cubierto de trocitos de corteza de abedul y de otros materiales menos agradables, y se puso en pie. Al dar el primer paso con el tobillo herido, la rodilla se le dobló, y tuvo que detenerse un segundo y esperar a que el fragor que oía dentro de sus oídos se apaciguara. El paso siguiente le dolió menos.

—Estoy bien —dijo. En voz más alta. Más confiada. La propia dureza de la «t» la ayudaba—. Estás bien, niña idiota. Todo está bien.

Desapareció entre los árboles sin decir nada más. Su paso lento le facilitó, de hecho, la tarea de moverse por aquel abrupto paraje. Le dejaba mucho tiempo para observar y fijarse en dónde tenía que poner cada uno de sus pies, para evitar los hoyos y las nudosas raíces de los árboles. Le dejaba tiempo para escuchar el murmullo de la pinaza que crujía bajo sus pies, el quejido de la nieve antigua cuando sus

plantas se hundían en ella. Tiempo para oler el bosque, oler su brea, su madera podrida y su húmeda fragancia.

Según el reloj del móvil, caminó durante una hora. Luego se detuvo para descansar. Se sentó sobre una roca que estaba seca, se acercó las rodillas al pecho y volvió la vista hacia el lugar por donde había venido. No había ningún camino, ningún sendero. Se sintió realmente orgullosa por haber recorrido un trecho tan largo. Luego levantó la mirada y contempló el abedul en el que se había refugiado la noche anterior.

Se encontraba a no más de cien metros. Ésa era la distancia que había logrado recorrer en una hora.

Sintió que la garganta se le llenaba de lágrimas. Chey se las tragó y tomó aliento hasta el fondo.

—No —dijo, aunque no supiese muy bien qué era lo que estaba rechazando—. ¡No!

Estaba perdida.

Estaba sola.

Estaba herida.

Sabía muy bien cómo sumar esos elementos. Sabía muy bien cuál sería el resultado. Aquellas tres variables marcaban la diferencia entre una joven alegre y sana, y un cadáver que nadie iba a encontrar. Su cuerpo le fallaría, su vida se extinguiría por el frío, o por la lluvia, o por la pérdida de sangre, o... o... por culpa del gran lobo. La bestia regresaría y terminaría su trabajo, y quizá devoraría una parte de su cuerpo. Tan pronto como se marchara, otros animales más pequeños corroerían la carne que hubiese quedado y dejarían lo que, a su vez, no les gustara. Con el tiempo, sus huesos quedarían blancos y seguirían pudriéndose, y nadie, ni su familia, ni sus amigos, ni sus antiguos amores sabrían jamás adónde se había marchado. Pensó que tal vez un millón de años más tarde se transformaría en fósil y que un futuro paleontólogo la desenterraría y se preguntaría qué había ido a hacer allí, tan lejos de los territorios habitados por seres humanos.

—¡Maldita sea! ¡No! —chilló—. ¡No me detendré aquí! Y menos cuando he llegado tan lejos. ¡Aquí no!

Su grito resonó entre los árboles. Unas pocas agujas cayeron de un

abeto que había crecido en un ángulo de treinta grados con respecto al suelo.

—No quiero —sentenció, como si decirlo en voz alta fuera suficiente para que se cumpliera.

A lo lejos, un ave le respondió con un tono agudo, como una campanilla, que Chey no reconoció. Parecía casi mecánico: no tanto la llamada de un animal como un sonido artificial. Tal vez no se tratara de un ave. Parecía más bien el sonido de un tenedor que chocaba contra un plato de metal.

Consultó la brújula. Estaba mirando al norte, lo cual significaba que el sonido venía del suroeste. Cerró los ojos para concentrarse y oyó una vez más el tintineo. Si se concentraba, si se concentraba de verdad, oía también —estaba segura de ello— otra cosa: el crepitar y los chisporroteos de la carne cuando se fríe.

Chey avanzó tambaleándose entre los árboles, atraída por el olor de la fritura. Todo había terminado. La pesadilla de andar perdida por el bosque había acabado. Por fin vería a otro ser humano, a alguien que podría socorrerla. Los animales no fríen la carne. Los lobos, más concretamente, no fríen la carne. Sentía un dolor de mil diablos en el tobillo y una luz brillante destellaba detrás de sus pupilas cada vez que apoyaba en el suelo ese pie, pero no le importaba. Había alguien cerca de allí, un humano. Alguien que podría ayudarla, alguien que podría salvarla.

Su pie malo consiguió llegar hasta el borde de un claro y entonces se rindió, dejando que Chey se desplomara sobre el musgo y la nieve. Ésta logró erguir la cabeza con la ayuda de ambos brazos y miró alrededor.

El claro no mediría más de diez metros de un extremo a otro y descendía hasta un riachuelo que serpenteaba entre los árboles. En el lugar más elevado había una hoguera de acampada y una pequeña sartén de hierro negro que humeaba sobre los carbones, con lonchas que parecían de tocino en su interior. Fue suficiente para que se le hiciera la boca agua.

Un hombre vestido con un abrigo de pieles estaba sentado junto al fuego. No, mejor no exagerar con su atuendo. Éste parecía, más bien, un montón de pieles raídas de color pardusco y gris, en sintonía con

el color del propio bosque. Era un hombre de poca estatura, quizá más bajo que Chey, aunque no se podía decir con exactitud porque estaba sentado. En aquel momento le daba la espalda y estaba encorvado sobre la sartén, ordenando meticulosamente su contenido.

—Hola —farfulló Chey, y se quitó las hojas muertas de la cara.

El otro no reaccionó. Chey se dio cuenta de que su voz era tan débil que el hombre debía de haberla confundido con el crujido del follaje de los árboles. Levantó todavía más la cabeza con la ayuda de ambos brazos y se aclaró la garganta, e hizo acopio de fuerzas para decir:

—¡Eh! ¡Oiga! ¡Usted!

El hombre se dio la vuelta, y Chey ahogó un chillido. Al principio le pareció ver un rostro sin rasgos, descarnado. Entonces se dio cuenta de que se trataba de una máscara. Estaba pintada de color blanco y tenía rajaduras en el lugar donde debían de hallarse los ojos y la boca. Unos trazos de pintura marrón subían en línea recta desde los ojos.

El hombre levantó el brazo y se subió la máscara, hasta ponérsela encima de la cabeza. Quedó al descubierto una cara ancha, redonda, y muy sorprendida. Probablemente, no se le había ocurrido que pudiera encontrar a otro ser humano en aquel bosque, y mucho menos una mujer sucia y herida que se arrastraba por el suelo con los brazos. Se levantó del lugar donde estaba sentado, junto al riachuelo, y se acercó a ella. Al caminar, las pieles que lo cubrían aletearon en el aire.

—Dzo —dijo.

—Lo siento —le respondió Chey—. No hablo inuit.

—Yo tampoco —le respondió el hombre en inglés—. Los esquimales más cercanos están en Nunavut, en la siguiente provincia. Por aquí vive la nación Sahtu Dene. Eso es lo que te diría si quisiera entrar en detalles, que no es mi costumbre, y si de verdad alguno de ellos viviera por aquí, digamos a menos de cien kilómetros, que tampoco es el caso. Dzo.

—Dzo —repitió Chey, pensando que se trataba de un saludo tradicional.

—Sí, ése soy yo.

Chey entrecerró los ojos frustrada. Entonces, Dzo debía de ser su nombre. Aunque recordaba a «Joe», era lo suficientemente distinto como para que le costase pronunciarlo.

—Yo me llamo Chey —dijo—. Es el diminutivo de Cheyenne.

El hombre sonrió por unos instantes y asintió con gesto amistoso. Luego, sin tenderle la mano siquiera para ayudarla a levantarse, regresó junto a la hoguera y se sentó. Distribuyó cuidadosamente la comida en la sartén, sin dignarse a mirar a Chey.

Ésta trató de pensar alguna frase con la que pudiera expresar su indignación, pero sin ofenderle hasta el punto de que no quisiera ayudarla. Como no se le ocurrió nada apropiado, se puso en pie a pesar del dolor y cojeó hasta el sitio donde se sentaba el hombre. Aguardó un poco más para ver si la invitaba. Pero al ver que no le decía nada, desistió, y se sentó sobre un leño podrido que estaba junto al fuego. El calor que devolvió la flexibilidad a sus articulaciones congeladas le causó cierto dolor, pero aun así le pareció agradable.

Se quedó sentada durante un buen rato, abrazándose las rodillas, feliz por no tener que caminar. No parecía que a Dzo le molestara su presencia, pero tampoco le ofreció comida ni le preguntó si se encontraba bien. Chey tenía frío y hambre, y se sentía más cercana a la muerte que en ningún otro momento de su vida. Sin embargo, incluso en su precaria situación, se preguntaba cuál sería el problema de aquel hombre. ¿Acaso no veía que necesitaba ayuda desesperadamente?

—Lobos... —dijo ella—. Han estado a punto de atraparme. Ha habido uno que casi lo ha conseguido. Una jauría de lobos... me seguían...

—¿Lobos? —preguntó él—. ¿Te han atacado unos lobos? —Habla en el mismo tono con que podría haberle preguntado si había visto flores silvestres interesantes de camino hacia su campamento.

—Sí. Una jauría entera —dijo—. Y entonces apareció uno muy grande...

—No te preocupes —le respondió él—. Los lobos no atacan a los humanos. Ni siquiera por estos parajes en los que nunca han visto a un ser humano. No lo hacen. No te pareces a los animales que suelen

comer. Lo más probable es que tan sólo sintieran curiosidad, o que quisieran jugar contigo. Eso es todo.

Chey pensó que su pierna era una prueba de lo contrario. De todos modos, el lobo que la había atacado no era normal. Se le ocurrió que podía tratar de explicarle lo que le había sucedido, pero no estaba segura de que el hombre fuera a creerla.

—¡Sé muy bien lo que he visto!

Fue incapaz de imaginarse una defensa mejor. No pareció que le causara una gran impresión.

—Yo no —respondió el hombre—. No estaba allí.

Chey cerró los ojos y trató de encontrar algún tipo de racionalidad serena, un despliegue lógico bien trabado que hiciera mella en la surrealista resistencia con la que Dzo se negaba a comprender lo que había sucedido.

—Mira —le dijo, y luego no supo cómo continuar—. No importa... no importa lo que yo viera. Me he perdido en este lugar —dijo por fin.

—Sí, eso parece —le contestó el hombre—. ¿Por qué otro motivo ibas a estar aquí?

Chey asintió sin comprender muy bien lo que le decía.

—Tengo un buen problema —añadió—. Estoy herida.

Dzo levantó la mirada, como si en aquel mismo momento hubiera comprendido que le estaba hablando a él. Abrió mucho los ojos y empleó unos instantes en examinarle el tobillo. Chey lo levantó para que pudiera verlo bien, lo acercó al fuego para que alumbrase la mancha de sangre seca que tenía en la pernera del pantalón.

—¡Anda! —dijo por fin—. Eh, oye, perdóname. Es que no estoy acostumbrado a encontrar desconocidos por aquí. Mis... cómo diablos se llamaba eso... mis habilidades sociales están un poquito oxidadas, ¿entiendes?

Le puso sobre el hombro una de sus manos cubiertas con guantes de piel, y faltó poco para que Chey se desplomara. Estaba tan contenta de hallar contacto humano después de todo el tiempo que había pasado sola entre los árboles... pero la mano se apartó al instante y le dio dos o tres palmadas en el hombro.

—Tranquila, tranquila... —dijo, y volvió a apartar la vista de ella.

Chey se preguntó si padecería alguna disminución psíquica, o simplemente estaría desequilibrado por todo el tiempo que había pasado en los bosques. Su supervivencia inmediata dependía de aquel hombre. Estaba a punto de caer en la desesperación. En pugna con sus propias emociones, contó su historia, la misma que había ensayado tantas veces hasta el punto de empezar a creérsela. Se valió de sucesos recientes, reales, para dar forma a los detalles.

—Había emprendido una ruta con helicóptero de apoyo desde los lagos Rae. Era uno de esos viajes de aventura organizados tipo «Al norte del paralelo 60», ¿sabes? Llevan a los grupos hasta el norte, todo lo cerca del Círculo Polar que uno quiera, para ver zonas deshabitadas de verdad, bosques primigenios y cosas de ese estilo. Dejan a los grupos en el bosque con provisiones, les entregan un mapa y luego les dicen dónde van a recogerlos. Después de llegar a nuestro destino, nos habrían transportado por aire hasta Yellowknife para que pasáramos un día en un balneario antes de regresar a la civilización. Los dos primeros días de excursión estuvieron muy bien. Quiero decir que me lo pasé muy bien, aunque hiciera demasiado frío. Pero después, así de pronto, ocurrió el desastre. Me separé del resto del grupo. Me perdí.

Chey cerró los ojos. Se esforzó por dominarse. Siguió con su historia.

—Caminaba valle arriba cuando de repente bajó una tromba de agua. La tromba me arrastró, y la mochila se me... bueno, sea como sea, el agua me arrastró hacia abajo y me dejó sin equipo, y sin manera de contactar con el helicóptero para que viniese a recogerme. Sabía que mandarían helicópteros a buscarme, pero esta zona es demasiado extensa y está demasiado deshabitada. No lograrían encontrarme. Si quería sobrevivir, tenía que salir de ahí por mi propio pie.

Dzo asintió, pero no apartaba los ojos de la sartén.

—Tenía que encontrar a otras personas, a alguien que me pudiese llevar a un lugar seguro. Había perdido el mapa de verdad en el torrente, pero conservaba un folleto de la empresa organizadora con un

mapa pequeño. Vi que si caminaba hacia el norte en línea recta, llegaría a un lugar llamado Echo Bay.

Estas últimas palabras sí captaron la atención del hombre, aunque no de la manera que Chey había imaginado. Dzo se echó a reír tumultuosamente.

—¿Echo Bay? ¿Y cómo se te ha ocurrido ir precisamente hasta allí?

—Era la única ciudad que salía en el mapa —insistió Chey—. Toma, mira —dijo, y se sacó del bolsillo el folleto estropeado y deteriorado por el agua. Lo frotó contra su propia cadera para alisarlo y se lo enseñó. En el mapa aparecían las carreteras de la zona de Yellowknife, y Echo Bay, y el enorme lago que se encontraba detrás de ésta, y extensos espacios en blanco entre todos estos puntos. Chey llevaba varios días en los espacios en blanco—. Se encuentra a orillas del Gran Lago del Oso, en su ribera oriental...

Dzo levantó una mano para interrumpirla.

—Ya sé dónde está, y también sé que tienes el sentido de la orientación hecho un asco, muchacha. Te has apartado unos doscientos kilómetros del camino correcto.

—¿De qué me estás hablando? Anduve hacia el norte desde mi posición inicial. —Agarró la brújula adosada a la cremallera y se la mostró—. Eso es lo que nos contaron al dejarnos aquí: que si caminábamos hacia el norte, llegaríamos a esa ciudad. He seguido la brújula a lo largo de todo el camino.

—¿Que has seguido ese cacharro? —le contestó entre risitas. Se reía de ella—. Esa cosita apunta hacia el norte magnético —le explicó—. Y tú tenías que dirigirte al norte geográfico.

Chey le miró como si no tuviera ni idea de lo que el hombre quería decirle. Dzo suspiró y levantó las manos, como diciendo: «¿Qué vamos a hacer con estos sureños?»

—El norte magnético tiene como punto de referencia los polos del campo magnético de la Tierra, ¿entiendes? La brújula apunta hacia el polo magnético, y siempre apuntará hacia el polo magnético. Pero el campo magnético no está perfectamente alineado con el verdadero eje de la Tierra, la línea imaginaria en torno a la cual se produce el movimiento de rotación. El polo del campo magnético y el eje se

encuentran a unos doscientos kilómetros de distancia el uno del otro. Por ello, la brújula no apunta propiamente hacia el norte. Puede que en el sur, de donde provienes tú, nadie haya oído hablar de la diferencia, pero los que estamos tan al norte tenemos que saber compensar la desviación de la brújula. Sabemos muy bien que si la brújula apunta en una dirección determinada, el norte se encontrará siempre un poquito más a la izquierda. ¿Lo entiendes?

—Sí, claro —le respondió Chey, sin entenderlo del todo.

El hombre meneó la cabeza y se volvió de nuevo hacia la sartén. Le dio la vuelta con los dedos a todo lo que había en ella para que se friera igual por los dos lados.

—Si sigues la brújula, terminarás en Nunavut. Y no sé si te lo crearás, pero esa región aún está más deshabitada que ésta. Ah, muchacha, es como un milagro que todavía estés viva. Teniendo en cuenta lo idiota que pareces.

El hombre hizo una mueca al ver el rostro enfurecido de Chey.

—Eh, cálmate, lo siento, ya te he dicho que no sé tratar con la gente —se excusó—. Por suerte para ambos, sé usar la brújula mejor que tú. —Se rió de nuevo y sacó un trozo pálido y grasiento de la sartén—. Toma, cómetelo —le dijo, y estuvo a punto de echárselo en el regazo—. Estoy seguro de que tampoco te trajiste comida suficiente.

—Gracias —masculló Chey, pero se lo comió de todos modos. No sabía muy bien lo que era aquello, pero en cualquier caso no era carne. Casi no tenía sabor—. ¿Qué es? —le preguntó mientras daba otro bocado.

—Es el interior de la corteza del pino contorcido —le explicó el hombre—. Es comestible, te lo prometo. Es lo único que se puede comer en estas espesuras desiertas.

Chey habría preferido que fuera tocino, pero pensó que no tenía derecho a quejarse. Bueno, un poquito sí.

—¿Y no podrías cazar venado? —le preguntó mientras masticaba la fibrosa sustancia vegetal.

El hombre se envolvió mejor en sus pieles y le respondió con una sonrisa:

—Soy vegetariano.

6

Dzo le permitió que se apoyara en su brazo mientras se alejaban del claro. Chey sintió un inmenso alivio al no tener que apoyar todo su peso en el tobillo herido. Aún sentía en él violentas palpitaciones y estaba aterrada con la idea de que se le pudiera infectar. No quería apoyarlo de nuevo en el suelo, si podía evitarlo. Si tropezaba, o si se soltaba del brazo de Dzo, la caída le dolería mucho, pero el hombre impidió que eso ocurriera. Era más bajo que Chey, quizá midiera diez centímetros menos, pero sus hombros parecían macizos como la roca, y a ella le dio la impresión de que habría podido llevarla a hombros. Se preguntó una vez más quién sería y de dónde vendría. Trató de preguntárselo a él, pero no entendió la respuesta.

—He subido desde las aguas que se encuentran allí abajo —le contó.

—No, pero yo quiero decir de dónde eres originalmente —insistió, con la idea de que tenía que formularle las preguntas con extrema literalidad.

—Buf —dijo, y miró hacia los árboles como si tratara de recordar—. Eso fue hace mucho tiempo. Creo que entonces no había tanta agua. Todo estaba muy seco. —Se encogió de hombros—. Las cosas van cambiando, ¿sabes? Los lugares cambian. Sobre todo aquí arriba. Parece que cada verano sea distinto.

A Chey le dolía demasiado la pierna como para continuar con su

interrogatorio. Llegó a la conclusión de que era suficiente con que el hombre estuviese allí y pudiera salvarla, y ambos caminaron en silencio.

Siguieron el curso del torrente. El agua estaba fría y discurría muy cristalina. Las bermejas agujas de los pinos giraban sobre su superficie, quedaban atrapadas en las raíces que afloraban y luego proseguían su camino. Los insectos se deslizaban sobre el agua o caminaban sobre ésta con sus patitas finas como cabellos, más largas que el cuerpo. Como ninguno de ellos la picó, Chey no les prestó atención.

No muy lejos del torrente encontraron un camino de leñadores visiblemente abandonado. Chey no sintió un gran entusiasmo: no estaba empedrado y su abrupta superficie hacía pensar que nadie lo había cuidado desde hacía años. En su mayor parte no era más que un tortuoso sendero, una franja cubierta de pinaza entre árboles que no estaban tan cerca entre sí como los demás. Había que mirar con atención para verlo bien, pero Dzo le aseguró que para los animales del bosque era como una autopista de seis carriles.

—Tengo un amigo que vive a unos veinte kilómetros de aquí. Te curará en seguida —le aseguró al preguntarle ella adónde se dirigían.

—¿Veinte kilómetros? —dijo Chey, jadeando. Tal como estaba su tobillo, tendría suerte si lograba dar veinte pasos más.

El hombre asintió, sin tratar de convencerla de que sería capaz de recorrer el camino. Y luego la llevó hasta otro claro donde le aguardaba su camioneta. Al ver el vehículo, Chey sintió tal alivio que, a pesar de hallarse deshidratada, las lágrimas le afloraron a los ojos.

Parecía que, después de todo, no moriría en el bosque.

La camioneta apenas tenía ninguna cualidad positiva, aparte de su mera existencia. El chasis era de color de herrumbre vieja, más marrón que rojo. La plataforma de carga estaba cubierta de mugre, hojas muertas y restos orgánicos, y en la ventana del copiloto no había cristal, sino un plástico amarillento, sujeto con varias capas de cinta adhesiva transparente. Chey no había visto en su vida un vehículo tan viejo y decrepito que aún pudiese funcionar. Pero cuando Dzo giró el viejo destornillador metido en la cerradura de contacto, el motor se encendió sin problemas y, tan pronto como se hubieron puesto en

marcha, las cadenas de los neumáticos se aferraron al suelo nevado y se mantuvieron firmes.

Descendieron por el sendero a no más de quince kilómetros por hora. Dzo sujetaba distraídamente el volante con una mano, mientras con la otra golpeteaba lenta y rítmicamente por fuera de la portezuela, como si quisiera medir el tiempo. El tortuoso camino serpenteaba en una y otra dirección, y en algunos momentos parecía volver sobre sí mismo. Chey tenía una y otra vez la sensación de que los árboles estaban a punto de cerrarse sobre el camino y les impedirían ir más allá, pero entonces la camioneta doblaba un nuevo recodo y las ramas muertas rozaban y arañaban el capó, y el sendero no terminaba. Dzo no habló, y Chey tampoco tenía mucho que decir. Sin apenas darse cuenta, recostó la cabeza contra el asiento y se durmió.

La camioneta frenó de pronto, y entonces su cabeza dio una sacudida y se despertó. Por un instante no se acordó de dónde estaba, ni de lo que le había ocurrido, pero todo le vino de golpe a la cabeza en el mismo momento en que su tobillo le dio una punzada y sintió un dolor abrumador que le irradió hasta la cadera. Miró en torno y vio que la luz había cambiado. Debía de haber dormido durante varias horas. Aunque el plástico de la ventana deformaba las imágenes del exterior, lo cierto es que se parecían mucho a lo que había visto antes: árboles que crecían en ángulos extraños y un terreno cubierto de maleza. Pero al otro lado, a la izquierda, alguien había cortado los árboles para dejar un pequeño claro. En medio de éste se levantaba una cabaña de madera con persianas de color rojo, una letrina a un lado y dos cobertizos bajos en el otro. Un humo azulado salía de uno de los cobertizos, por debajo de sus aleros mal encajados, y en un primer momento Chey pensó que se trataba de un incendio. Pero al ver que Dzo no se alarmaba, llegó a la conclusión de que aquello debía de ser normal. Tal vez se tratara de un ahumadero para curar carne, o de una sauna, o algo por el estilo.

—¿Es aquí donde vives? —le preguntó Chey.

—No —le respondió su salvador—. Es la casa de mi amigo. Ya te lo había dicho. Yo suelo dormir al raso, pero él es un hombre civilizado y le gustan las camas con almohada.

Aquello era como llegar al paraíso.

Dzo abandonó la camioneta de un salto sin mediar palabra y volvió a cubrirse el rostro con la máscara blanca antes de correr hacia la puerta de la casa. Las pieles ondularon atrás y adelante mientras abría la puerta de un empujón y se asomaba adentro. Gritó «Hola» en un par de ocasiones, y luego:

—¡Eh, Monty, ¿estás ahí?!

No hubo respuesta. Dobló la esquina de la casa y se perdió de vista.

Chey habría querido seguirle, pues no le gustaba la idea de quedarse sola, ni que fuera por un segundo, pero no se atrevió a caminar con la pierna herida. Adelantó el cuerpo para mirar por el embarrado parabrisas y observó el tejado de la casa. Los tablones se veían immaculados, como recién reparados. No encontró nada de lo que buscaba (parabólicas, mástiles de radio, antenas de onda corta o algo por el estilo), y se entendía que fuera así. Si se encontraba en el lugar que había imaginado, no tendría manera de contactar directamente con el mundo exterior.

Al notar que habían pasado varios minutos y Dzo no regresaba, decidió ir ella sola hasta la casa. Se dijo que quizá dentro haría más calor. Tal vez tuviera calefacción central. O, por lo menos, una estufa de leña.

Abrió la portezuela y saltó a la tierra allanada del claro. Tuvo cuidado de aterrizar sobre el pie bueno. Olió humo de leña y polen, y descubrió otro aroma en la cercanía, el olor almizcleño de un animal. Oyó el crujido de la pinaza bajo la planta de un pie y se le cortó la respiración. Se volvió con un brinco de hemipléjica. Había alguien a su espalda.

Era un hombre joven, esbelto, vestido con una camisa de trabajo de algodón gris, unos pantalones vaqueros y unas sencillas botas camperas. Lo primero que miró fueron sus manos: estaban sucias y callosas, pero sus dedos se veían delgados y sensibles. Tenía la tez pálida y el cabello negro como el carbón, corto y cuidadosamente peinado hacia un lado. La piel de las mejillas y la frente era tersa —Chey pensó que no podía pasar de los cuarenta años—, pero tenía una maraña de arrugas en torno a los ojos, como si éstos fueran

mucho más viejos que el resto de su cuerpo. Eran ojos claros, inquisitivos, de un gélido color verde que Chey ya conocía. Ah, sí, no olvidaría jamás ese color.

Eran aquellos ojos.

«Te pillé», pensó para sí. Agarró con fuerza las riendas de sus emociones y no permitió que trascendieran a su rostro.

Chey le sonrió al dueño de la casa.

—Hola, me llamo Chey —le dijo—. Cheyenne Clark. Tú debes de ser Monty —prosiguió, y le tendió la mano. El hombre la aceptó y la estrechó una sola vez: un ritual que a duras penas llegó a completar. Su mano era fuerte, pero no estrujaba. Era la mano de un hombre que no tenía necesidad de demostrar nada.

—Y tú debes de ser el último descubrimiento de Dzo. —El hombre la miró de arriba abajo, y sus ojos se detuvieron en las caderas de la joven. Chey se preguntó cuánto tiempo llevaría sin ver a una mujer, si de verdad vivía en aquel bosque durante todo el año (y así era, Chey lo sabía, estaba segura de ello)—. Mis amigos me llaman por mi nombre de pila, Montgomery —le contestó, y se volvió hacia la casa. Se alejó de ella sin dejar de hablar. Dio a entender con su lenguaje corporal que Chey podía seguirle, si quería, pero que a él no le importaba lo que hiciera. Su lenguaje corporal mentía, y sin éxito. Chey se dio cuenta de que el hombre tenía toda su atención puesta en ella, aun cuando hubiera apartado los ojos—. A ti no te conozco, así que puedes llamarme señor Powell. Pero ¿a qué estás esperando? —dijo, y finalmente se volvió para mirarla de nuevo. Chey no podía seguirle por culpa del tobillo herido.

El hombre volvió a mirarla, y esta vez se aperció del calcetín manchado de sangre y de la pierna hinchada.

—Maldita sea —dijo, en voz tan baja que Chey apenas si lo oyó. Lo dijo con una voz tan suave como el sonido de las agujas de pino al llegar al suelo.

Se acercó de nuevo a Chey, lo bastante cerca como para que ella pudiera olerle. No apestaba a montañés, pero tampoco se había puesto ningún desodorante, ni agua de colonia, ni loción para el afeitado. Olía, más que nada, a humo de leña.

El hombre se agachó y empezó a desatarle la bota. Dolió, dolió muchísimo, pero el hombre no se detuvo, aunque Chey lloriquease y apretara la espalda contra el capó de la camioneta. Montgomery le sacó la bota de un tirón, y luego el calcetín.

Chey no quiso mirar. No quería ver lo que se había estado temiendo: la herida inflamada, la supuración sobre la carne purpúrea. Las manchas negruzcas y amarillentas sobre la hinchazón del tobillo, una hinchazón que estaba a punto de abrirle grietas en la piel.

—No es grave —sentenció el hombre.

¿Le estaría tomando el pelo? No parecía el tipo de hombre que haría esas cosas. Se arriesgó a echar una mirada hacia abajo.

Tenía el tobillo cubierto de coágulos de sangre, pero no tanto como había esperado. Una cicatriz le recorría la parte exterior del tobillo y estaba abultada por el tejido recién formado, pero... pero parecía ya antigua. Parecía como si se le hubiera curado meses antes. No estaba hinchada ni se apreciaban indicios de infección.

Era imposible... ¿cómo había podido dolerle tanto? Y ¿cómo se le había podido curar con tanta rapidez? No podía ser que...

—Quédate ahí —masculló Monty. Sin mediar otra palabra, se marchó a toda prisa al otro lado de la cabaña. Chey oyó la voz de Dzo, oyó que el hombrecito se reía, pero también que su carcajada se interrumpía de pronto. Los dos empezaron a discutir en murmullos, pero Chey no los oía bien. Tenía muy claro lo que estarían diciendo.

Con mucho cuidado, con grandes precauciones, metió de nuevo el pie herido dentro de la bota, sin molestarse en volver a ponerse el calcetín. Luego se apoyó sobre ese pie, sólo un poco. Al poner el peso de su cuerpo sobre él, le dolió. Le dolió mucho. Pero no tanto como había esperado.

Podía caminar de nuevo. Y eso quería decir que tenía varias opciones.

Anduvo cojeando hasta la puerta principal de la casa y entró. Necesitaba más información.

La cabaña constaba de una pequeña habitación y una buhardilla, a la que había que subir por una escalerilla de mano, porque no había escalera. La casa olía a humo de hacía mucho tiempo y a moho relativamente reciente. La luz del sol que atravesaba las cortinas amarillentas teñía las estancias de un color ambarino que les daba un aire tradicional y hogareño, sin llegar a pintoresco. Los muebles, pocos en número, estaban hechos en su mayor parte de madera sin desbastar. Los asientos de las sillas y la superficie de la mesa estaban pulimentados con papel de lija y acabados, pero en cambio la corteza aún adornaba, por ejemplo, las patas de un taburete o la cara inferior de un estante. No había televisor, ni radio, ni enchufe alguno. Pero, bueno ¿de dónde habría podido venir la electricidad? Tan al norte no había centrales eléctricas, ni redes de distribución. Chey se preguntó de dónde sacaría Dzo el combustible para la camioneta.

Sí que había una estufa de leña, pero no estaba encendida. Vio una caja de cerillas a prueba de agua encima de una carbonera, al lado de la estufa, pero no encontró leña, ni tampoco vio nada de lo que pudiera servirse para encender fuego. Por ello, no le prestó más atención a la estufa. De todas maneras, no habría tenido tiempo de encender un fuego de verdad. En cualquier momento, los dos hombres tomarían una decisión e irían en su busca.

Buscó comida por el resto de la casa. Tenía muchísima hambre y estaba totalmente dispuesta a robar cualquier cosa que pareciera comestible. Pero no encontró nada. Powell debía de cocinar en la estufa, aunque apenas hubiera cazos y sartenes a la vista. Convencida de que debía de haber comida en algún lugar, Chey trepó por la escalerilla y examinó el abarrotado segundo piso. Tampoco allí encontró comida, pero sí que descubrió, por lo menos, algunos rastros de personalidad. Powell dormía en un colchón tendido sobre las tablas del suelo. La sábanas estaban en su sitio y bien arregladas. Había una lámpara de queroseno cerca de la almohada, y al lado de ésta varios

montones de libros: viejas ediciones en rústica con las cubiertas gastadas por el uso, desde Zane Grey hasta novelas de espías y de hospitalares. Cerca de la cabecera había un montón bien ordenado de libros de texto y manuales técnicos, casi todos sobre temas científicos. Química, una guía de plantas comestibles, *Elementos de Agrimensura e Ingeniería Civil*. Ninguno de los libros tenía menos de siete años. El más reciente era un *Almanaque del Viejo Granjero* de 2001, estropeado de tanto hojearlo. Al otro extremo de la buhardilla descubrió un par de álbumes de crucigramas muy deteriorados. Alguien había rellenado a lápiz los crucigramas, había borrado las letras con gran cuidado (las migajas negras de la goma usada caían de las páginas cuando Chey las pasaba) y luego los había vuelto a rellenar. Detrás de los libros encontró un cubo de Rubik a medio terminar, abandonado, a juzgar por la gruesa capa de polvo que cubría su cara superior.

Bajó por la escalerilla, porque no creía que pudiera descubrir nada más, y volvió a buscar algo que comer. La corteza frita de Dzo había resucitado milagrosamente su apetito. Como si durante diez días hubiera olvidado por completo la existencia de la comida y la hubiese recordado de pronto, su estómago gruñía y rezongaba. Pero apenas encontró nada que pudiera satisfacerla. En los armarios no había nada, salvo un par de latas de maíz y guisantes cubiertas de polvo, y Chey pensó que su contenido no sería comestible, aun cuando encontrase la manera de abrirlas. Las etiquetas medio borradas parecían de otra época.

El armario de los licores prometía un poquito más. Encontró algunas botellas medio llenas de Scotch y pensó lo mucho que le gustaría sentarse a tomar un trago. Pero entonces oyó que los dos hombres volvían a la parte delantera de la cabaña. Como no entendió lo que decían, se agachó detrás de la ventana, desde donde podría oírlos mejor, e incluso verlos sin ser descubierta.

—Le he visto el tobillo —decía Powell—. Tenía un arañazo. Ha entrado en el club, o, si no, entrará dentro de muy poco.

Dzo se encogía de hombros.

—Desde luego. Por eso la he traído hasta aquí.

—Supongo que eso es lo que te ha parecido mejor —dijo Powell.

Se detuvo al pie de la ventana, pero no miró adentro—. Pero yo no puedo permitir que se transforme. Hará daño a alguien. Quizás incluso lo propague a otros. No puedo permitirlo. —Sostenía algo con ambas manos. Era un hacha como las que se emplean para talar árboles, de un color apagado y herrumbroso como el de la camioneta de Dzo—. ¿Quieres hacer tú los honores?

—No, de ninguna manera —se negó Dzo, y sus pieles se agitaron a modo de negación. Chey no podía verle el rostro, oculto tras la máscara blanca.

—Pues entonces lo haré yo. Dentro de pocos minutos habrá salido la luna. Creo que si le cortamos ahora la cabeza, todo irá bien.

Cuando llegaron a la puerta, Chey ya no estaba.